

**Liturgia en el Día del Trabajador 2020 – Diócesis de Chillán**  
**Homilía P. Sergio Pérez de Arce A., Administrador Apostólico.**

En este día 1 de mayo, día internacional del trabajo, la liturgia de la Iglesia celebra a san José Obrero. Hacemos memoria que el Hijo de Dios, al asumir la condición humana, creció en una familia y conoció las bondades y las fatigas del trabajo humano, cumpliendo él mismo el oficio de su padre adoptivo y entregándose por entero, más tarde, a la misión del Reino.

La palabra de Dios escuchada en el relato del Génesis, nos hace ver que el trabajo está inscrito en la vocación misma de la persona. El ser humano, creado por Dios varón y mujer, es presentado como un ser responsable, bendecido y llamado a ser fecundo dominando la creación. Dominio que en ningún caso debe entenderse como una explotación salvaje o un dominio absoluto de las demás creaturas, sino como una obligación de labrar y cuidar la tierra, de protegerla y preservarla, para vivir de ella y en comunión con ella. Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre está llamado a desarrollar su actividad a la manera de Dios, que es bondadoso y compasivo con todas sus creaturas.

Este 1º de Mayo encuentra a la humanidad entera en una situación excepcional, sufriendo y luchando contra una pandemia, y esto afecta de manera especial al mundo del trabajo, que es sin duda una dimensión fundamental de la existencia humana. Todo nuestro quehacer se ha visto trastocado, y de un modo primero nuestro quehacer laboral. Pero, por lo mismo, si estamos mirando muchas cosas con ojos nuevos, haciéndonos preguntas sobre nuestro modo de relacionarnos y organizarnos en la sociedad, esa mirada también se dirige al mundo del trabajo. ¿Qué estamos aprendiendo en este tiempo de pandemia sobre el trabajo humano? ¿Qué podemos redescubrir?

Quizás, como pocas veces, muchos hemos echado de menos el trabajo: el quehacer de cada día, las relaciones con nuestros compañeros/as de trabajo, el contacto con las personas, la acción creativa que el trabajo supone. Es verdad que hay trabajos duros, a menudo mal remunerados, pero el trabajo tiene un valor esencial para el sujeto, pues gracias a él la persona se realiza a sí misma y realiza su misma humanidad. Por eso no podemos vivir de verdad sin trabajar, y por eso el trabajo debe estar siempre en función de la persona y no la persona en función del trabajo.

Otro aspecto fundamental, obvio pero tantas veces en peligro, es que el trabajo lo necesitamos para vivir, para subsistir nosotros y nuestras familias. La formación y la permanencia de una familia necesita del trabajo, y por eso nos preocupa una justa remuneración y nos inquieta profundamente la falta de trabajo, el perder el empleo y no tener otra alternativa en qué ocuparnos. Todos sabemos que hay tormentas grandes en la actual situación económica y laboral, por lo que oramos al Señor para que el actual escenario se supere pronto, pidiendo a todos los actores sociales, políticos, económicos, empresariales, que pongan todas sus energías en aminorar lo más posible el daño que esta situación causa, y podamos recuperar pronto una normalidad que nos permita vivir y trabajar responsablemente.

El tiempo que vivimos nos muestra también la importancia no sólo de una remuneración justa, sino también de otras prestaciones sociales y laborales que ayuden al trabajador a enfrentar tiempos de crisis, como los seguros de desempleo, de salud, de ahorro previsional. Asimismo, pone en evidencia una vez más la precariedad del trabajo informal, la gravedad de carecer de un contrato de trabajo y la inseguridad de un trabajo independiente que no es suficientemente

regulado o en el que no se toman las adecuadas prevenciones. Son situaciones que en la búsqueda de la justicia y el bien común no debemos olvidar.

El contexto de pandemia nos está mostrando también -y creo que éste es un aspecto fundamental que se nos está revelando- que las relaciones laborales las tenemos que entender ante todo como relaciones de colaboración. Una empresa, un emprendimiento, una oficina, una institución, no es nunca una tarea de uno o de unos pocos, sino una tarea común, donde todos ponen una parte. Hoy se nos hace evidente que si al empleador le va mal, le va mal también a los trabajadores; y que si faltan los trabajadores y no están en condiciones de cumplir su oficio, la actividad no sale adelante. Estamos interconectados y nos necesitamos, no sólo al interior de una empresa o institución determinada, sino unos a otros en el seno de la sociedad.

Esto debiera llevar a los empleadores a pensar más en sus trabajadores, a repartir mejor los beneficios y utilidades, de manera que, si a la empresa le va bien, le va bien también al trabajador: No es lícito enriquecerse a costa del salario de los trabajadores. Y debiera llevar a los trabajadores a hacer bien el trabajo, a comprometerse con su labor y su institución cuando hay condiciones de respeto y justicia. De esta manera aportamos al bien común de la sociedad, que es también una finalidad que siempre debemos tener a la hora de trabajar y generar empleo.

Colaboración es la palabra de este tiempo y debiera ser siempre una actitud y una práctica que cultivar. Los seres humanos crecemos de verdad cuando nos colaboramos unos a otros, cuando no dejamos de lado al hermano, cuando no crecemos unos a costa de los otros, sino cuando crecemos juntos. Ojalá este tiempo de pandemia nos deje esta enseñanza: sufrimos juntos, tenemos que salir adelante juntos, preocupándonos siempre de modo especial por los más vulnerables, por los que por distintos motivos van quedando rezagados.

Nada de lo dicho hasta aquí olvida la importancia y legitimidad de la lucha: la lucha social, la lucha sindical. En nuestro mundo hay, lamentablemente, muchas injusticias e inequidades, muchas discriminaciones y atropellos a la dignidad de las personas. El egoísmo, la avaricia y la soberbia dominan tantas veces las relaciones entre personas y grupos, y hay un espacio siempre legítimo para que los trabajadores y los pueblos busquen incansablemente la justicia y un mayor progreso para todos. Pero no es una lucha contra otros, sino por el justo bien. Una lucha intransigente, sin espíritu de colaboración, hace insostenible la convivencia social; pero una convivencia superficial, que esconda injusticias y no se preocupe del desarrollo integral de todos, no tiene futuro y no fundamenta una fraternidad humana verdadera.

Hacemos hoy oración por todos los trabajadores del mundo. Ponemos en manos de Dios sus búsquedas, sus familias, sus justas demandas. Damos gracias también al Señor por todo lo que ellos hacen al servicio de un mundo mejor, recordando de modo especial a quienes en este tiempo de pandemia han estado trabajando por sus hermanos: trabajadores del área de la salud, servidores públicos, fuerzas armadas y de orden, y tantos otros que han ayudado al funcionamiento de la sociedad. Y agradecemos, asimismo, por todos los hermanos que se esfuerzan por mantener vivas las organizaciones sociales y sindicales: Dios los fortalezca y anime.

Que el Hijo del Carpintero, Jesús Resucitado, aliente toda obra buena, y así los seres humanos pongamos nuestras manos, nuestra inteligencia, nuestra fuerza y nuestro espíritu, al servicio de la paz que es fruto de la justicia. Así sea.